

## NARRACIONES

# LA MOSCA

No, no se llevaban bien la pareja Marín. Los vecinos habían observado que el matrimonio sostenía frecuentes altercados que ponían en evidencia la poca cordialidad que reinaba en aquel hogar. Incluso se susurraba aunque nadie se atreviese a sostenerlo de una manera firme, que ella le era infiel.

Ahora iban a comer. La señora trajo la sopa y dejó los platos en la mesa. Volvió a la cocina a echar un vistazo a lo que quedaba en el fuego y regresó al comedor. No había estado ausente más que cuarenta segundos. Un tiempo breve. Pero fué suficiente para que se torciera su destino.

Mientras ella salía del comedor una mosca fué a revolotear por encima de la mesa. El señor Marín trató de ahuyentarla con un manotazo, con tan mala fortuna —para la mosca sobre todo— que fué a caer en su plato de sopa. El señor Marín que era muy sensible para ciertas cosas, contrajo su cara en una mueca de asco, sacó rápidamente la mosca del plato y, forzoso es confesarlo aunque no diga mucho en su favor, lo cambió por el de su mujer.

Al regresar ella no se dió cuenta de lo ocurrido y comieron sin que sucediera nada de particular.

La señora Marín retiró el servicio de mesa y él marchó a su oficina. A media tarde le llamaron por teléfono comunicándole que su esposa se había sentido repentinamente enferma.

Al llegar a su casa, el médico —que había sido llamado por la portera— le dijo que su esposa sufría fuertes dolores cólicos y vómitos; le preguntó que habían comido. Al detallarle el menú no descubrió nada que explicara el cuadro tan agudo que tenían ante sí.

¿Tenía la señora Marín la costumbre de tomar alguna cosa —dulces, algún medicamento, etc.— a deshora? No. Solo comía a las horas de rutina.

¿Quien vivía con ellos? Tenían una sirvienta pero aquel era su día libre y

había marchado a primera hora de la mañana.

— En fin. Ya veremos —dijo el médico. — No he de ocultarle que el cuadro es alarmante y que puede presentarse un colapso de un momento a otro. Volveré a ver a la enferma más tarde. No la dejen sola ni un instante. Entre tanto le dan veinte gotas de esta fórmula cada media hora. Me llevaré una muestra de lo que ha devuelto para analizarlo.

Volvió al atardecer. Junto a la cabecera estaba una hermana de la enferma que se levantó para dejar que el médico la examinara nuevamente. Le dijo que la señora Marín no había cesado de lamentarse, que los vómitos habían repetido y que el último había sido sanguinolento. El médico sacó una jeringuilla de su maletín y le puso un par de inyecciones. Después le hizo tragar un tubo de goma y le practicó un lavado de estómago. Cuando terminó de atender a la paciente dijo al Sr. Marín:

— Desearía hablar a solas con Vd.

— Tenga la bondad de pasar a la sala.

Se acomodaron y el médico preguntó:

— ¿Está Vd. seguro de que no nos pueden oír?

— Sí. Sólo están en casa mi mujer y mi cuñada que se ha quedado con ella en la habitación.

— Tengo que comunicarle algo grave. Su mujer está sufriendo los efectos de un veneno...

— ¡Cómo! ¡Qué dice Vd.! —exclamó el señor Marín turbado.

— No es asunto mío el averiguar si se trata de un accidente o de un acto intencionado, pero estoy obligado a dar parte al juzgado de guardia y he querido advertírselo.

— ¡Envenenada! ¡Es imposible!

— El análisis no deja lugar a dudas...

— No me lo explico...

— Es un hecho, señor Marín. Un

hecho que le pondrá a Vd. en una situación muy desagradable.

— ¡Cómo! ¿Qué pretende Vd. insinuar?

— Nada. Ya le he dicho que no es mi cometido averiguar como haya ocurrido. De haberlo sospechado en la primera visita hubiéramos podido ganar tiempo. Ahora no respondo de la vida de su esposa.

El señor Marín quedó anonadado. Con la cabeza caída no hacía más que repetir: — ¿Cómo puede ser? ¿Cómo puede ser?

Al poco rato del aviso telefónico dado por el médico se personaban el juez y unos agentes del juzgado de guardia. El juez ordenó a uno de ellos que quedara de vigilancia en la casa y no permitiera otras visitas que las del médico. Después dijo al señor Marín:

— Le ruego nos acompañe. Queda Vd. detenido acusado de envenamiento.

El señor Marín, sin fuerzas para protestar, les siguió.

\* \* \*

El día siguiente el detenido pidió que se le permitiera hablar con el juez. Estaba excitadísimo y repetía: — Que me dejen hablar con el señor juez y se aclarará todo. Le explicaré lo ocurrido. Que me dejen hablar con el señor juez. ¡Dios mío!

Cuando le llevaron a su presencia su nerviosismo aumentó de tal modo que apenas podía coordinar las frases:

— Gracias, señor, por haberme concedido esta entrevista... No he podido dormir en toda la noche... Yo... Ya está todo aclarado... la mosca... la sopa...

El juez procuró tranquilizarle:

— Vamos, sosiéguese Vd. Explíqueme lo sucedido, pero con calma, que pueda entenderle.

— Si, sí, tiene Vd. razón. Pero... es increíble, comprenda Vd. mi situación... envenenado.

— Diga Vd. qué ocurrió.

— Horas y horas estrujándome los sesos, tratando de averiguar como pudo ser...

— ¿Y que ha averiguado Vd?

— Es terrible. La víctima tenía que ser yo, pero Dios es justo y me libró del lazo.

— No le comprendo.

— Trataba de envenenarme a mí y ha caído ella en la trampa. Fué la mosca.

— ¿Qué está Vd. diciendo?

— Los días que la muchacha tiene fiesta mi mujer prepara la comida y para ahorrarse trabajo la sirve en la cocina y trae los platos a la mesa, en lugar de emplear soperas o bandejas. Ayer lo hizo así y dejó nuestras platos en los sitios respectivos. Volvió un momento a la cocina a vigilar no se que. Entre tanto una mosca cayó en mi plato y yo tras retirarla en un instante, lo cambié por el suyo. Cuando regresó se sentó sin sospechar nada y se tomó su ración. He aquí la verdad. El veneno me estaba destinado.

El juez quedó callado un momento y luego dijo enarcando las cejas:

— Tal vez sea así, como Vd. lo expone. Habla Vd. en un tono convincente. Pero no se haga demasiadas ilusiones. ¿Como puede Vd. demostrar que lo que dice es cierto?

— Los platos deben de estar aun en la cocina, sin limpiar desde ayer.

— Bien. Pero en todo caso solo veremos que uno de ellos tiene restos de veneno y el otro no. No aclara la cuestión.

— El señor Marín dijo en tono desmayado:

— Si... si... —Se apretó las sienes con las manos murmurando: — Tiene que haber alguna manera... la verdad tiene que triunfar... ¡Ya lo tengo! En el comedor aun debe de estar la mosca...

— Supongamos que se encuentre; aun así solo nos demostraría que Vd. no miente respecto a haberle caído una mosca en su plato, pero no afirma ni niega que Vd. lo haya cambiado por el de su esposa.

El detenido apretó los puños con rabia al ver desvanecerse lo que él creía pruebas de su inocencia. Quedaron en silencio. Por fin el juez dijo:

— Hay una persona que puede demostrar su inocencia. Su mujer, confesándose autora de los hechos.

— Que Dios se apiade de nosotros. Si me odia hasta el punto de querer

(Sigue a la pág. 154)

za motriz, de tipo industrial hasta 50 H. P. De una manera muy clara y a base de comparaciones gráficas muy curiosas relacionadas con movimientos de automóviles, explicó e hizo altamente comprensibles los conceptos: «Recargo por puntas», «Mínimo de consumo» y especialmente el árido problema del *caseno phi*, que tanto grava y preocupa a los usuarios industriales. Disertó finalmente, sobre los bloques de consumo, dibujando en la pizarra unos cajones de tamaño según las horas de utilización, demostrando plenamente las aplicaciones de las diversas tarifas según las horas de utilización de potencia contratada en kilovatios hora.

**«Guerau de Liost  
i el lèxic del Montseny»**

(Continúa de la pág. 150)

vivo donde existen los abetares y hayedos más meridionales de Europa, ya mencionados a finales del siglo XVI por el reusense Pedro Gil, S. I. en su Geografía descriptiva de Cataluña. Analizada, con erudición y detalle, las condiciones físico-geográficas de la vertiente norte del Montseny, esta zona lingüística que, aún, hoy, ofrece un singular interés. Léxico recogido por Guerau de Liost en sus excursiones y cacerías.

X. X.

Continúa de la pág. 151

**La mosca**

envenenarme, cómo va a acusarse ella misma para salvarme a mí...

— Tal vez el instinto de conservación le impidiera hacerlo en otras circunstancias. Pero no olvide que ahora se encuentra entre la vida y la muerte y la consideración de la eternidad modifica muchos puntos de vista.

— Desgraciada mujer...

Tras una breve pausa, el juez dijo:

— Voy a llamar al médico para preguntarle cómo sigue.

Miró el número en el listín y lo marcó:

— ¿El Dr. Codaya? ¿Usted mismo? Aquí el juez Camón. ¿Cómo sigue la señora Marín?

Sostuvo la conversación telefónica con algunos — Sí... sí... bien... bueno... sí, — y después de colgar el auricular se dirigió al señor Marín:

— Dice que por la noche tuvo un rato de delirio y habló de un veneno. Esta mañana estaba un poco más despejada y en condiciones de hablar. El médico ha tenido una conversación confidencial con ella y cuando ha aludido a las exclamaciones de la noche anterior se ha puesto a llorar y ha confesado la verdad. Ha firmado una declaración de culpabilidad, de suerte que ahora mismo daré orden de que le pongan a Vd. en libertad. Unos minutos para cumplir los trámites legales y puede Vd. disponer de su persona.

Entró un ordenanza con unos papeles. El juez los firmó y extendió su mano para estrechar la del Sr. Martín diciendo:

— Ya es usted libre!

Juan Massot

**SERVICIO METEOROLOGICO del CENTRO DE LECTURA - Resumen del mes de Mayo 1953**

	Máxima	Día	Mínima	Día	Promedio	Desviación de promedio de este mes.
Temperatura (en grados C.) . . . . .	31	28	8	3	19'6	+ 3'5
Presión atmosférica (en mm. de mercurio). . . . .	764	27	753	13	759'1	+ 1'2
Velocidad del viento (Km. recorridos en 24 h.) . . . . .	456	31	48	22	146	- 15
Humedad relativa (% de saturación) . . . . .	94	13	26	29	61	- 18'8
Evaporación (en mm.) . . . . .	17	31	1'2	4	5'0	+ 0'1
Horas de sol eficaz . . . . .	12'10	24	0	4	8'05	+ 1'20
Visibilidad horizontal (en Km.) . . . . .	40	31	5	3 y 4	24'5	+ 0'8
Lluvia . . . . .	14 litros por metro cuadrado en 2 días de lluvia apreciable					

Máxima precipitación 9 litros el día 1.

Desviación del promedio en este mes — 40 litros.